

NEW LEFT REVIEW 93

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2015

	NUEVAS MASAS	
PABLO IGLESIAS	Entender Podemos	7
ENTREVISTA	España en la encrucijada	33
	ARTÍCULO	
MIKE DAVIS	La teoría perdida de Marx	
	NUEVOS MEDIOS	
FRANCIS MULHERN	Una fiesta de rezagados	
	ARTÍCULOS	
JOANN WYPIJEWSKI	Solo en casa	
R. TAGGART MURPHY	Sobre el Japón de Shinzo Abe	
	CRÍTICA	
JOSHUA RAHTZ	¿Flaquea el motor alemán?	
EMMA FAJGENBAUM	Tzara aproximativo	
VOLODYMYR ISHCENKO	Mitologías del movimiento Maidán	

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

FRANCIS MULHERN

UNA PARTIDA DE REZAGADOS

UNA REVISTA, SI NO ES doctrinaria, debería tener carácter, no programa, escribía Roberto Schwarz en 1967 al lanzar una nueva iniciativa editorial de izquierda en Brasil. Su comparación preferida era la de «un buen ensayo», algo a un tiempo documentado e inesperado, que iluminase una senda incierta con la luz del interés y el razonamiento estricto, y ciertamente no carente de convicciones rectoras¹. Una evocación de lo descrito lo proporciona la trayectoria de *n+1*, la revista neoyorquina que acaba de cumplir diez años dedicada, en sus propias palabras, a «la literatura, la cultura y la política», y que en ese tiempo se ha convertido en presencia distintiva para la izquierda intelectual, tanto en Estados Unidos como en otros países. Los meros convencionalismos sugieren que estos son buenos tiempos para efectuar una evaluación provisional del proyecto o quizá, de manera más adecuada, para valorar su «carácter».

La descripción general del conjunto práctico denominado *n+1* nos ofrece un primer indicio del amplio alcance y el espíritu de la empresa, y al mismo tiempo nos sugiere la necesaria modestia que debe guardar un breve análisis de la misma. La revista en sí tiene una plataforma dual, y combina una publicación impresa que hasta el momento ha visto más de veinte números del grosor de un libro, y un suplemento digital que amplía y también diversifica la capacidad editorial, creando espacio para corrientes temáticas especiales, acomodando aportaciones más breves o más sensibles al tiempo, y mejorando en todos los aspectos la capacidad de maniobra. *n+1* ha producido una serie de libros con su mismo

¹ «Apresentação», *Teoria e Prática*, núm. 1, 1967; reimpresso en *Praga: Revista de Estudos Marxistas*, núm. 1, 1996, p. 79.

nombre, algunos, aunque no todos, sobre el material originado en sus páginas, y también publica una revista hermana, *Paper Monument*, dedicada al arte contemporáneo. Estas manifestaciones impresas y digitales adoptan forma inmediata y presencial en ocasionales debates, reuniones de presentación al público y otros eventos sociales², todo esto miniaturizado, por así decirlo, aunque solo durante un tiempo, en un servicio de anuncios personales en la plataforma Tumblr. Más que una publicación, *n+1* es una microcultura, una forma completa de vida intelectual.

Por las mencionadas razones, la revista, incluido su suplemento digital, que equivale a un archivo cercano a los doscientos textos, será referencia principal del presente artículo. Empresas más programáticas, al estar más estrictamente centradas y ser (inevitablemente) más repetitivas, ofrecen economías interpretativas. Aquí, el caso es el contrario: en *n+1* el ensayo ha sido preferente, incluso paradigmático, con todo lo que eso supone de movilidad y sorpresa y, para un lector, los riesgos homólogos de generalización reductiva.

El comienzo

«Programático» no es, sin embargo, lo primero que viene a la mente en un estudio sobre los primeros seis o siete números de *n+1*, que se publicaron en los cuatro años transcurridos entre el verano de 2004 y el otoño de 2008. El número inaugural ofreció de inmediato una nota combativa. Su título de portada era *Negation* y comenzaba con una declaración de desafección: si no un manifiesto propiamente dicho, sí una advertencia de sublevación.

Vivimos en una era de autocensura demencial. Los viejos asuntos íntimos –las funciones corporales, la búsqueda de amor y dinero, la infelicidad de la familia– constituyen ahora el tema más común de la vida pública [...]. Pero intentemos decir que el acto que llamamos «guerra» debería denominarse más adecuadamente masacre, y que el estado que llamamos «ocupación» debería denominarse más adecuadamente guerra; que las teorías de la conspiración, aquí y en el extranjero, cuya veracidad no ha sido demostrada por Seymour Hersh o la General Accounting Office, son probablemente, y no obstante, ciertas; o que las libertades políticas tan preciadas y, en realidad, tan necesarias son también la máscara de una represión más generalizada e insidiosa. Intentemos decir todo eso, o una parte, y veremos hasta dónde llegamos. Intentemos entonces decirlo de manera compleja, con cierta amplitud, expresando al hacerlo una verdadera personalidad humana.

Vivimos en una época en la que en Teherán leen a Nabokov y Henry James, pero en nuestro país tenemos pornografía y publicidad [...]. En el futuro, se

² La página digital de la revista promocionó una docena de eventos en los doce meses anteriores a mayo de 2015.

verá como la época en la que los mejores miembros de nuestra clase intelectual dieron su «respaldo crítico» a una aventura arrogante y suicida en Iraq.

No puede decirse que el problema sea de falta de revistas, de revistas literarias incluso. La cultura puede expandirse ahora hasta llenar grandes almacenes. Pero la civilización es el sueño de progreso: encontrar lo nuevo, o tomar lo que sabemos del pasado y decirlo con el cuidado que solo los vivos pueden exigir. «Uno debe haber estado en el exilio y en el monte para apreciar un nuevo periódico», comentaba Alexander Herzen, fundador de la poderosa *Bell*. Quizá usted viva en una ciudad grande o pequeña, y en la seguridad de su propio país. Pero ha conocido el exilio, y está familiarizado con el monte³.

Los campos de desafección eran tanto literarios como políticos, y penetrantemente culturales. Uno de los editores fundadores, Marco Roth, lo explicaba en la sección de Cartas que pronto se convirtió en uno de los elementos destacados de la revista:

En una época en la que los estadounidenses parecían haber perdido la fe en la política progresista y en la posibilidad de mejora individual, en la literatura y en el pensamiento, sin la ayuda del capitalismo [...] escogimos $n+1$ como el título provisional de nuestra revista. Para nosotros era una metáfora de la posibilidad de progreso, el conjunto infinitamente abierto⁴.

Si bien estos términos de diagnóstico transmitían un tono anticuado, no debían confundirse con signos de conservadurismo. Ilustraban el compromiso con un cambio de *ethos* intelectual, un paso más allá de la ironía compulsiva y extenuante que caracterizó la década posmoderna de 1990. O en palabras de Keith Gessen, cofundador con Roth de la revista, que firmó el número de lanzamiento con un renovado llamamiento al lector: «Hay modos mejores de avergonzarse de uno mismo. Es hora de decir lo que pensamos»⁵.

De los veintidós artículos que componían el primer número, más de dos terceras partes estaban escritos por los cinco editores fundadores, ya fuese a título personal o colectivo⁶. Uno de los más llamativos era

³ «Editorial Statement», *Negations*, $n+1$, núm. 1, verano de 2004.

⁴ «Letters: “(n+1)x2”», *Decivilizing Process*, $n+1$, núm. 5, invierno de 2007. Roth respondía a un editor de una revista marxista italiana más antigua llamada también $n+1$.

⁵ Keith Gessen, «End-notes», $n+1$, núm. 1, cit.

⁶ Keith Gessen, Mark Greif, Chad Harbach, Benjamin Kunkel y Marco Roth. La sexta fundadora fue Allison Lorentzen. Era una alineación de predominio masculino, con una primera página de contenidos acorde. La presencia de mujeres en la revista creció de manera constante en los años posteriores, al igual que la impronta de la política sexual, que había sido evidente desde el comienzo en su repertorio crítico. La reestructuración editorial de 2012 rejuveneció el grupo central y reequilibró su relación de sexo (*Awkward Age*, $n+1$, núm. 13, verano de 2012).

«Against Exercise», de Mark Greif, un sostenido examen crítico de la cultura de hacer gimnasia y correr en sus relaciones sintomáticas con las tecnologías de trabajo capitalistas, la primera de una larga serie de críticas a la vida cotidiana en los inicios del nuevo milenio y desde entonces. La repulsa a la invasión angloestadounidense de Iraq era pronunciada en la revista por aquella época, y Greif aportó otros dos ensayos dedicados a la misma, uno de ellos, un estudio sobre la guerra contemporánea que terminaba con un llamamiento a la autorrevalorización moral, el proceso del «autodescubrimiento público» que la guerra debería traer consigo⁷; y el otro, un ejercicio altamente profético sobre el tema de las torturas de Abu Ghraib y su origen en las patologías culturales estadounidenses:

Por nuestra forma de vida, la mente estadounidense está llena de uso sexual de los demás. Hasta en el metro y en la calle se despliegan en nuestras pantallas mentales ensoñaciones pornográficas en color [...]. Es posible que alguien pueda escapar de nuestros bombardeos, pero es imposible escapar de nuestra diversión⁸.

El ensayo de Greif sobre la guerra, con su descarada dependencia interpretativa del prototipo homérico de combate heroico, fue un intento serio de abrir líneas de comunicación entre los valores literarios y los políticos. Benjamin Kunkel ofreció un segundo enfoque en «Horse Mountain», un relato en el que un viejo reflexiona sobre las múltiples fricciones de un matrimonio duradero y firme, aunque difícil, con sus recurrentes enfrentamientos relativos a la religión y a los derechos de los palestinos, pero también sobre las ambigüedades de la propia probidad contemplativa del protagonista: compromiso político sin vinculaciones, juicios sin acción reparadora. La crisis de Oriente Próximo volvió en la forma inesperada de una propuesta de Greif y Roth para incorporar a Cisjordania y Gaza como quincuagésimo primer Estado de la Unión⁹. Atractiva e inteligente en su exposición, este era, como años más tarde explicó Roth al periódico israelí *Haaretz*, un ejemplo de «surrealismo político» escrito en una falsa conformidad con la exigencia convencional de adoptar una posición respecto a este tema¹⁰. Poco inclinados en verdad a efectuar una declaración política —«¿Qué podríamos decir que no se hubiese dicho ya a ese respecto?»—, los autores ofrecieron un simulacro literario.

⁷ Mark Greif, «Mogadishu, Bagdad, Troy», *n+1*, núm. 1, cit.

⁸ Mark Greif, «A Bunch of Nobodies», *n+1*, núm. 1, cit.

⁹ Mark Greif y Marco Roth, «Palestine, the 51st State», *n+1*, núm. 1, cit.

¹⁰ Ariel Krill, «Take a page from this: how one magazine reinvigorated American intellectual life», *Haaretz*, 28 de septiembre de 2013.

En el campo general de la crítica literaria y cultural, por otro lado, el apetito de intervención sistemática se hizo evidente de inmediato. Con el título de «The Intellectual Situation», *n+1* inauguró un «Diario», un registro de los encuentros y los compromisos críticos que dan cuerpo a la sugerencia sartriana de la rúbrica, en la que «los editores» recorrían colectivamente las instituciones, las formas y la prácticas de los viejos y los nuevos medios de comunicación, empezando por tres centros de evaluación literaria y cultural: la asentada *The New Republic*; los nuevos marcadores de tendencias literarias reunidos en torno a la revista de Dave Eggers *McSweeney's* y su derivada *Believer*; y la neoconservadora *Weekly Standard*¹¹.

Escritas en una prosa rápida, desenfadada y aforística, estas polémicas eran «negaciones» con las que captar algunas de las características positivas del pensamiento verdaderamente crítico. En las páginas de *The New Republic* dedicadas a los libros, los editores de *n+1* percibían una degeneración del discurso normativo sobre literatura (la histórica «defensa de los principios») en «una nueva vulgaridad». El gusto se confundía ahora con «husmear lo insípido», mientras que el juicio se endurecía hasta convertirse en actitud censora. La autoridad, convertida en el fetiche de la «inteligencia», estaba ocupando el lugar del pensamiento:

No hay una responsabilidad moral de ser inteligente. Hay una responsabilidad moral de *pensar*. Un atributo, autosatisfecho y fijo, se confunde con una acción, pensar, que revaloriza las ideas viejas además de defenderlas. El pensamiento añade algo nuevo al mundo: la mera inteligencia esgrime la verdad endurecida como una maza¹².

El caso de *McSweeney's* y *The Believer* era en gran medida el contrario. *n+1* estaba dispuesta a admitir que los *eggessards* eran elementos importantes en un fenómeno de vanguardia. El líder de estos, David Eggers, autor de *A Heartbreaking Work of Staggering Genius*, tenía un demostrado talento para «para crear instituciones de una cultura literaria menos elitista», y si su «movimiento» demostrase ser capaz de reanudar «el motor de la innovación y la lucha literarias», entonces «prestaría un verdadero servicio histórico». Pero no parecía probable que lo lograra: la peculiaridad del vanguardismo al estilo Eggers era su impulso regresivo, una vuelta «a las afirmaciones de la niñez»: «La trascendencia no figuraría en el pensamiento [*eggessard*]. El intelecto no les interesaba, pero los niños sí». En consonancia con esto, la reapropiación por parte de *McSweeney's*

¹¹ Fundadas, respectivamente en 1914; en 1998 y 2003; y en 1995.

¹² The Editors, «Designated Haters», *n+1*, núm. 1, cit.

del diseño y las divergencias tonales de periodos anteriores prosiguió descargada de la preocupación por la verdad que había constituido el sentido histórico de estos. *Believer* sería lanzada posteriormente como vehículo principal de los *eggshards*, para llevar adelante «su versión de pensamiento, como un antídoto contra la crítica convencional, que ellos denominan impertinencia». Pero «la mera creencia es hostil a toda idea de pensar». La serie de perfiles filosóficos publicada por la revista «confundía a los filósofos con canosos dispensadores de verdad. Eso no es un pensador, es Santa Claus»¹³. Supervisada en nombre de una autoridad petrificada, o sentimentalizada y adulada hasta el extremo de la inanidad, de cualquier modo la cultura literaria corría el riesgo de alejarse de las necesarias libertades y disciplinas del pensamiento crítico.

A estas dos advertencias, los «neoconservadores posmodernos» de *Weekly Standard* añadían otra distinta. El peligro en este caso no era la postura falsamente crítica de un liberalismo autoritario o los entusiasmos falsamente democráticos de los *eggshards*, sino la complacencia de la izquierda en un tiempo de habitual travestismo intelectual en extrema derecha. *Weekly Standard* era «un universo paralelo» que hacía énfasis precisamente en el paralelo, no en la otredad. Un artículo que celebraba a Mickey Mouse como el gran optimista estadounidense obtiene su inspiración procedimental de los *marxisant* «“estudios culturales” [...] ahora poco demandados en la mayoría de las universidades». Otro replantea temas foucaultianos para describir y lamentar la futura exclusión discursiva de aquellos para quienes el «matrimonio gay» es una contradicción de términos: el tipo común que cree que los verdaderos oprimidos de nuestro tiempo son «Adán y Eva, no Adán y Esteban». Tales son los «métodos avanzados» que «demasiados de los que albergamos prejuicios de izquierdas» considerábamos suficientes para «cambiar el mundo». El que la derecha lograra reapropiarse de ellos era prueba de que «aprender a pensar estratégicamente sobre formas simbólicas no necesita de una determinada política sustantiva». De hecho, habían sido requisados por una estrategia que permite «a los miembros procedentes de la elite fingir que hablan como la ignorante y vulgar clase media». La aculturación del discurso político era desde hacía tiempo una estrategia clave de la derecha¹⁴.

El enfoque dado por $n+1$ a la cultura popular era distinto. El último de los editoriales de lanzamiento saltaba de la escritura al deporte y de las

¹³ The Editors, «A Regressive Avant-Garde», $n+1$, núm. 1, cit.

¹⁴ The Editors, «PoMo NeoCons», $n+1$, núm. 1, cit.

intuiciones del valor a la medición estricta, señalando y reflejando el constante aumento de la estatura y el peso medios de los jugadores profesionales de baloncesto y de béisbol, hasta el punto de alterar y hacer peligrar las propias competiciones. «Olvidemos el hecho de que la canasta está demasiado baja, que ya no es proporcionada a nuestra capacidad para saltar; ni siquiera hay espacio en la pista para todos los cuerpos». A un tiempo conocedores y despiadados, al estilo de los verdaderos aficionados, los editores ofrecían las conclusiones más generales, no muy pensadas para halagar al individuo común:

A medida que los atletas se volvían menos humanos, podrían haberse vuelto también menos significativos. Sin embargo, toda la cultura se ha engrosado, y el cuerpo masculino estadounidense se ha convertido, de hecho, en una versión en miniatura de la economía: para ambos, la «salud» ha pasado a estar definida por aceleración de los ritmos de producción y consumo, con independencia de las consecuencias a largo plazo [...]. De modo que quizá no importe lo absurdamente grandes que se hayan vuelto nuestros atletas; son mercancías fungibles que pueden descomponerse en cifras e intercambiarse en consecuencia¹⁵.

La continuación

La materia que hablaba en este párrafo era la presencia formativa en la nueva revista. Estaba dada a la hibridación y al desplazamiento modal como procedimientos de escritura y recursos críticos. Los editoriales que han sido parte tan importante de los contenidos no son, en consecuencia, «editoriales» sino un «Diario» de estilo propio, que en este caso —el primero de muchos parecidos— resulta constar de cuatro ensayos breves presentados como estaciones intermedias en la narrativa picaresca de un famélico cultural, una pequeña e irresuelta fábula de los tiempos áridos. El alcance de la reseña está similarmente reimaginado. En manos de Nicholas Dames, la usual ronda de novelas se ha convertido en una forma de estudio del género¹⁶. Lo que parece, para empezar, una reseña muy tardía de la película *Avatar* se convierte en un sostenido análisis histórico-crítico del arte estereoscópico, con referencias a autores tan variados como Baudelaire o Werner Herzog¹⁷. De modo similar, las decisiones de encuadre pueden ser traviesas y en ocasiones perversas. El artículo

¹⁵ The Editors, «Human, Not Too Human», *n+1*, núm. 1, cit.

¹⁶ Véase Nicholas Dames «The Theory Generation», *The Awkward Age*, *n+1*, núm. 14, verano de 2012, y «Seventies Throwback Fiction», *Throwback*, *n+1*, núm. 21, invierno de 2015.

¹⁷ Moira Weigel, «Cinema of Disillusionment», *n+1*, núm. 14, cit.

de Lawrence Jackson titulado «Slickheads» cuenta un relato (propio) sobre cómo era la vida para un joven negro en el noroeste de Baltimore, en un texto fácilmente confundido con un relato de ficción, aunque enmarcado a modo de «ensayo», y bien podría serlo, con cierta razón, si se presentase en frío¹⁸. «How to Quit», de Kristin Dombek, es otro «ensayo» que bien podría pasar por relato de ficción, este, centrado principalmente en el adictivo atractivo de los adictos, y etiquetado como «Dinero y poder» y «Planeamiento urbano». Ensayos más recientes de la misma autora forman una columna de consejos cómica-seria, en la que su agónica tía en la ficción escribe una secuencia de lo que podrían ser –¿qué?– ensayos breves, ahora etiquetados como «Mi vida y época»¹⁹. Estas tácticas, reminiscentes sin duda de los años posmodernos, es mejor observarlas, en su conjunto, bajo la perspectiva de otras dos características de *n+1* aquí visibles, un fuerte apego a la teoría cultural crítica (de diferentes tipos) y una resistencia inflexible a la lógica del mercado: han formado parte de un esfuerzo general por renovar el alcance de lo literario en condiciones en las que, creían sus fundadores, «la literatura estaba siendo cada vez más marginada, en especial por aquellos que la hacían»²⁰.

De igual modo, sin embargo, la adhesión a la «teoría» no era ya la misma que en el último cuarto del siglo xx. Entonces, gracias a la doble abdicación de la filosofía y la novela, la teoría europea había sido asumida como el único medio disponible para meditar sobre las crisis que acosaron a la cultura y a la sociedad estadounidenses desde finales de la década de 1960. La teoría estaba ahora «muerta», declararon los editores: inevitablemente, porque había sido una cultura importada que ya no era capaz de sobrevivir a la muerte de hecho de sus grandes exponentes. «Pero el gran error ahora mismo sería no tener fe en lo que la teoría significó en otro tiempo para nosotros», no todos los otrora críticos con los carteles publicitarios trabajaron después en publicidad. «Ha emergido una apertura, en la novela y en el intelecto. ¿Qué hacer con ella?»²¹. Respecto a la

¹⁸ Lawrence Jackson, «Slickheads», *Amnesty*, *n+1*, núm. 15, invierno de 2013.

¹⁹ Kristin Dombek, «How to Quit», *n+1*, núm. 15, cit.; véanse también «The Help Desk», *Real Estate*, *n+1*, núm. 19, primavera de 2014.

²⁰ Ariel Krill, «Take a page from this: how one magazine reinvigorated American intellectual life», *Haaretz*, cit. Véase la larga descripción que Gessen hace de la incansable y cada vez más manipuladora automercadotecnia de Dave Eggers, también en el primer número. Su lente, de manera adecuada, era la actividad de Gary Baum, el creador adolescente de *FoE! Log*, quizá la más incómoda iniciativa de un admirador a la que haya tenido que enfrentarse un famoso hecho a sí mismo. (Keith Gessen, «Eggers, Teen Idol», *n+1*, núm. 1, cit. *FoE* es el acrónimo de «Friends of Eggers»).

²¹ The Editors, «Theory: Death Is Not the End», *Happiness*, *n+1*, núm. 2, invierno de 2005.

novela, esa pregunta seguía siendo, por el momento, un gesto, a pesar de un saludo de pasada a *The Corrections*, de Jonathan Franzen, aclamado por los editores como «una monumental renovación de la novela social crítica», la novela pensante de la vida después de la teoría²². La pura miscelaneidad del relato corto publicado en *n+1* y su incierta prioridad en el plan editorial –a pesar de la literariedad generalizada de la revista– no fomentaba las inferencias firmes. La función del «intelecto», en cambio, ya había sido señalada, y rápidamente se materializó en un flujo constante y versátil de crítica cultural. Tendente en ocasiones a una ontología foucaultiana del presente, y en otras a interpretaciones bourdieusianas del campo literario, a menudo recordando los *Minima Moralia* de Adorno, aunque normalmente con un toque de burla para animar el patibulario humor de este último, esta ha sido la práctica central y la distinción de *n+1*.

Ni que decir tiene que las instituciones y las prácticas de lo literario y de la cultura periodística más en general serían las primeras en la fila para la evaluación crítica. Los editoriales contra *The New Republic* y *Believer* fueron los disparos de advertencia, seguidos por un informado estudio sobre *The Wall Street Journal*, comentarios mordaces sobre *Atlantic Monthly* y *Harper's* por su pertinaz sexismo y –humorísticamente– sobre *Paris Review*, «por desmentir el prejuicio de que la redacción de propaganda no puede ocupar miles de palabras»²³. Cuestiones y prácticas clave de la cultura bibliográfica fueron evaluadas una tras otra. El pánico a una supuesta «crisis de la lectura» fue tachado de «timo» que reducía la lectura en sí a un superficial «acontecimiento» de librería y que servía para desincentivar e invalidar el ejercicio libre y responsable del juicio crítico²⁴. La función de la reseña de libros fue evaluada para plantear su reconstrucción, las lecturas en público, para su abolición²⁵. La biblioteca de Clásicos de *The New York Review of Books* –«una literatura menor

²² Compárese Nicholas Dames, reseñando una oleada de novelas «ricas en teoría» (más de seis en dos años) y modificando el consejo de Henry James para el presente: «Olvida la hermenéutica de la sospecha. Recuerda que has sospechado todo el tiempo, porque, mirando a tu alrededor, difícilmente puedes evitar sospechar. Sé uno de esos a quienes no se les escapa nada, ni siquiera la teoría» (Nicholas Dames, «The Theory Generation», *n+1*, núm. 14, cit.).

²³ Philip Connors, «My Life and Times in American Journalism», *Reconstruction*, *n+1*, núm. 4, primavera de 2005; The Editors, «The Intellectual Situation», *n+1*, núm. 15, cit.

²⁴ The Editors, «The Reading Crisis», *Reality and Principle*, *n+1*, núm. 3, otoño de 2005.

²⁵ «Book Review Nation», *Mainstream*, *n+1*, núm. 6, invierno de 2008; «Literary Readings: Cancel Them», *n+1*, núm. 2, cit.

cosmopolita»– suscitó un amplio estudio reflexivo sobre la función de las series de libros en la formación del canon, mientras que un artículo adjunto exploraba el funcionamiento del «ciclo de sobreexpectación» como «la vida emocional del capitalismo, un mercado bursátil interiorizado de opciones de compra y venta estéticas [que atestigua] el poder y después, casi con la misma velocidad, la impotencia de la mera cultura»²⁶. En un artículo fundamental posteriormente desarrollado en forma de libro de *n+1*, Chad Harbach analizó las relaciones imaginadas y reales del programa de escritura ubicuo y ampliamente depreciado de las universidades con el otro mundo de la edición neoyorquina. Alumno él mismo del «Programa» y novelista que pocos meses después debutaría en Nueva York con un libro que fue éxito de ventas, Harbach perfiló las ecologías opuestas de ambos sistemas, sus respectivos estados económicos –el sector académico, floreciente; el comercial nervioso y asediado– y sus prioridades canónicas divergentes, el relato corto frente a la novela extensa. Las polarizaciones típicas de ambos eran erróneas, sostenía él: las ilusiones y la introversión de la próspera cultura literaria universitaria no eran menos arriesgadas que las presiones de nivel cultural intermedio a las que están sometidas las editoriales de Manhattan²⁷.

El mayor reto para el familiar mundo de los libros llegó con el reequipamiento electrónico de la venta al por menor y la creación de nuevos sistemas informatizados para redactar y editar, en un periodo de neoliberalismo en ascenso. Entre la llegada de Internet y Amazon a comienzos de la década de 1990 y la llegada de dispositivos personales de lectura electrónica y nuevos medios sociales década y media más tarde, todos los aspectos de la edición de libros y prensa periódica fueron objeto de una reestructuración más o menos radical. La gestación de *n+1* pertenece a ese periodo y estuvo en parte condicionada por ella. Una caracterización del proyecto por parte de Greif sugería una especie de arca, «un largo archivo impreso en la era de las citas breves»²⁸. Era apta a su manera, pero no lograba transmitir toda la energía con la que los

²⁶ Respectivamente, «The Hype Cycle» y «The Spirit of Revival», *n+1*, núm. 6, cit.

²⁷ «MFA vs NYC», *Self-Improvement*, *n+1* 10, otoño de 2010. Originalmente firmado por «The Editors», este se convirtió en el primer texto de un libro editado por Chad Harbach: *MFA vs NYC: The Two Cultures of American Fiction*, Nueva York, 2014. MFA hace referencia a Master of Fines Arts. En 1975, informaba Harbach, había setenta y nueve de esos programas en Estados Unidos; en 2010, la cifra había subido a ochocientos cincuenta y cuatro.

²⁸ Publicado por Susan Hodara, «Intellectual Entrepreneurs», *Harvard Magazine*, enero-febrero de 2010.

editores evaluarían las formas emergentes, las prácticas y el espíritu de las nuevas tecnologías de la comunicación.

El número publicado en invierno de 2007, titulado *Decivilizing Process*, dedicaba su «Diario» al correo electrónico, los teléfonos móviles y los blogs. Estos editoriales van más allá de la simple paráfrasis en su literariedad, y son atractivamente –imprácticamente– citables. Su actitud abarca desde la incredulidad altruista hasta la desolación consciente. Lo importante de estos críticos es que conocen las degradaciones que lamentan. El modo retórico asciende a lo altamente epigramático:

Alejandro [Magno] empezó la era silente de Occidente; Nokia le pondrá fin.

Se desvía hacia la extravagancia:

El mensaje electrónico, como el soneto petrarquiano, es propiamente un mecanismo de seducción...

y modula en ocasiones hacia un estilo de discurso rápido y absorbente que podríamos llamar sólido:

Cuando apareció la escritura, los filósofos antiguos temían que destruyese la memoria humana; anotar cualquier cosa era situarse uno mismo en la posición del tipo de la película *Memento*. Lo cual no era totalmente erróneo. De igual modo, las cartas: tenían un extraño modo de perderse o dejarse abrir por la persona incorrecta²⁹.

Y así sucesivamente. Pero a lo largo de todo este animado juego hay una visión constante de que la historia progresa por el lado malo. El mensaje electrónico es un epítome de la superproducción incontrolable e inutilizable. Los blogs son, en su mayor parte, un travestismo de una esfera pública más democrática que el desarrollo de los weblogs parecía prometer. El uso del teléfono móvil alimenta una conducta pública que anima a cualquiera a hablar con alguien, con cualquiera, excepto la persona sentada al lado. Salvo en las emergencias, predominan estas tendencias degradadas. «Los usos beneficiosos del teléfono, Internet, el weblog, el correo electrónico, etcétera, flotan como trozos de corcho sobre una gran marea de residuos», un «proceso descivilizador» que «deshará nuestros

²⁹ Respectivamente, The Editors, «Whatever Minutes», «Against Email» y «The Blog Reflex», *n+1*, núm. 5, cit. Se dice que a los soldados les maravillaba la capacidad de Alejandro para leer en silencio.

pensamientos, nuestra habla, nuestras fantasías. Eso es también una emergencia. Pero, ¿a quién llamar para remediarla?»³⁰.

La revuelta de la elite

El reconocimiento de esos trozos de corcho era algo más que una concesión retórica familiar. En ocasiones la sinceridad dialéctica podía convertirse, de hecho, en anhelo poco realista, como ocurrió pocos años después, cuando Twitter, deplorado por algunos por su cultivo intensivo de la nulidad narcisista, fue saludado como el nuevo antídoto contra la «bloggería», que revalorizaría los valores literarios clásicos de la «tersura y la impersonalidad» en un tiempo de dejadez y autoindulgencia pandémicas. Pero el énfasis más usual era el alcanzado por Roth, cuando denunció

los efectos falsamente democráticos, pero realmente de «culto de masas», que tienen los blogs y que han reducido las noticias a cotilleo, la crítica a afición, y han transmutado el gusto en meras preferencias regionales y de clase³¹.

Esa prosa corría el riesgo de ser acusada de «elitismo», en gran medida por tratarse de una revista tan aguafiestas que era capaz de convertir hasta un simple *tweet* en una misión de cultura elevada. Y como percibieron los editores, la aceptación de la acusación era un tema en sí mismo, que no podía reducirse a una descripción más o menos precisa. Su «Revolt of the Elites» fue un ejemplo de ingeniería inversa diseñada para elucidar a qué problema podía servir de solución el tópico populista del «elitismo». En su forma dada, esto era ya obra de un desplazamiento de la política a la cultura, en el que los organismos más poderosos del Estado y de la sociedad –en otro tiempo, pero ya no, denominados «la elite en el poder»– estaban ya siempre por encima de toda sospecha. La educación universitaria era uno de los medios centrales de autorreproducción colectiva para las clases adineradas estadounidenses y solo de modo secundario un recurso igualitario; pero aun así no era un marcador general de pertenencia a la «elite». Esa distinción estaba reservada en general a los individuos muy cultos –muy a menudo, aunque no invariablemente, formados en un entorno privilegiado de artes liberales–, que parecían indiferentes a la «obligación de ganar dinero» que los «estadounidenses reales» supuestamente debían cumplir, ya fuese consiguiéndolo o fracasando de acuerdo con las reglas.

³⁰ *Decivilizing Process*, *n+1*, núm. 5, cit. El título hace alusión a Norbert Elias, *The Civilizing Process* (1939).

³¹ Respectivamente, The Editors, «Please RT», *n+1*, núm. 14, cit.; y solo en digital, Marco Roth, «Blog Bound», 29 de octubre de 2009.

Estos compatriotas eran bourdieusianos intuitivos, sostenía *n+1*, convencidos de que las muestras de distinción cultural no eran más que etiquetas de identidad de clase: rechazando dicha mala fe, los estadounidenses reales admitían sus preferencias reales y compartidas. Sin embargo, había una antropología alternativa de la diferencia moral, que los editores defendían como un criterio alcanzable aunque distante: era el clásico escrito en el periodo de entreguerras por José Ortega y Gasset *La rebelión de las masas*. «La hermosa ceguera del análisis planteado por Ortega», interpretaban ellos, «era la de pasar por alto las distinciones sociales a favor de las diferenciaciones existenciales. Aristócrata y hombre masa no eran en absoluto [...] categorías sociales, sino disposiciones separadas»³².

Se trataba de una interpretación ingenua de una sublimación retórica común en la tradición elevada de la crítica cultural desde hace al menos dos siglos³³. Pero la credulidad permitía aquí un extraño desdén, tal que los aristócratas de Ortega se convirtieron en aquellos que son «superiores» a otros solo por virtud de creerse inferiores a lo que eran capaces de llegar a ser. «*La mejora de uno mismo*, con todo su tufillo a estante de autoayuda de Barnes&Noble» —y mucho más que don José y pensadores similares despreciaban—

es también, en este aspecto, el grito de llamada del único tipo de elite que merece la pena tener.

El uso de la lengua es el terreno en el que la cuestión se escenifica más tensamente, porque allí, en «la verbosfera», es donde se realiza todo el tiempo la contradicción entre la capacidad universal y la competencia minoritaria. De modo que esa «habla educada y las ideas igualitarias», sobre todo cuando se combinan, provocan las reacciones «antielitistas» más convincentes. Son recordatorios de que las cosas podrían ser distintas y mejores. «La lucha por la igualdad no ha terminado, seguimos teniendo una elite cultural». En esta construcción perfectamente ambigua, *n+1* se oponía al

³² The Editors, «Revolt of the Elites», *n+1*, núm. 10, cit.

³³ Esta táctica era, de hecho, un ejemplo del desplazamiento culturalista de la política que los editores empezaron cuestionando. El tema de Ortega era la invasión de la «democracia liberal» —por la que él entendía un sistema en el que minorías selectas rivales competían por los votos del electorado— por la «hiperdemocracia», en la que las clases populares reclamaban el derecho a una participación política activa: José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Madrid, 1930; *The Revolt of the Masses*, Nueva York, 1932.

populismo reaccionario de la derecha, literalmente palabra por palabra, elevando la calidad de una izquierda crítica y responsable³⁴.

La elite y el 99 por 100

Esta fue la corriente de análisis crítico más concentrada de los primeros años de *n+1*. No había nada comparable que mostrar en política. Nacida en tiempos de la reelección de George W. Bush, no sorprende que la revista diese espacio a este hombre, el discurso asfixiante del orden político bipartidista que lo alimentaba y las leyes electorales que le ayudaron a subir al poder: una mezcla de burla y anhelo en tres artículos firmados por distintos editores a título individual³⁵. En el extranjero, además de a Palestina e Iraq, dedicaron artículos de la sección de política a Bolivia, India y Sudáfrica³⁶. Se analizaron asuntos políticos fundamentales, como la economía del petróleo y el calentamiento planetario. Pero a pesar del variado interés de los distintos artículos, se trataba de una miscelánea, en la que el propósito claro de politizar el análisis cultural iba unido a una aspiración menos definida de situar la literatura en sentido amplio en fértil comunicación con la política. Entre todo esto, Mark Greif apuntaba a un orden específico de participación política en un ensayo titulado «Gut-Level Legislation, or Redistribution», en el que rechazaba la postura pseudo-responsable de los comentaristas, sosteniendo que «es posible servir a la política pensando en problemas y principios, y no ensayando estrategias», una idea que «los deja más furiosos que confusos». La práctica correspondiente que él aprobaba sería el «surrealismo político», o

preguntar por lo que es en la actualidad imposible, para alcanzar al fin, mediante la vía indirecta o la dirección inverosímil, los principios que sustentarían el mundo que querríamos y no el que tenemos³⁷.

Al final resultó que las oportunidades no tardaron mucho en presentarse.

³⁴ Los editores pasaron a desarrollar su argumento: «Esto podría significar bien que la existencia persistente de una elite cultural atestigua la persistencia de un privilegio de clase; o bien que hoy en día la elite cultural es lo único que se interpone entre nosotros y la dominación de todo el espectro por la elite del poder. Ambas nociones son ciertas, pero esta última verdad ha pasado desapercibida», *n+1*, núm. 10, cit.

³⁵ Respectivamente, Mark Greif, «W. Our President», *n+1*, núm. 1, cit.; Benjamin Hunkel, «Shhh... Swing Voters Are Listening», *n+1*, núm. 2, cit.; Marco Roth, «Lower the Voting Age!», *n+1*, núm. 6, cit.

³⁶ Daniel Alarcón, «Note from La Paz», *n+1* 4, cit.; Johannes Türk, «The Trouble with Being German», *n+1*, núm. 4, cit.

³⁷ Mark Greif, «Gut-Level Legislation, or Redistribution», *n+1*, núm. 4.

Contemplando desde finales de 2005 los años de comienzos de siglo y el drama del auge y la caída de la economía de las puntocom, los editores se habían centrado en la subjetividad generacional del momento, hablando del «desahogo hipotecado» de sus contemporáneos; una inflexión típicamente culturalista. Para entonces, una crisis mucho mayor estaba ya empezando. A los pocos meses, estalló la burbuja del mercado inmobiliario estadounidense, haciendo detonar la crisis de liquidez de 2007-2008 que condujo a la recesión internacional más profunda desde la década de 1930. Pronto, como más tarde informaría Gessen, sintieron que se estaban «convirtiendo cada vez más en un grupo de economistas autodidactos»³⁸. Una entrevista con David Harvey, efectuada en el otoño de 2008, fue sinóptica e ilustrativa. Sin embargo, otra sección, introducida al mismo tiempo y que se mantuvo durante tres años, se situaba más en el estilo de lo inesperado propio de la casa: un curso independiente ofrecido por un anónimo gerente de un *hedge fund* de Manhattan. Empezando por las hipotecas y los arcanos de las finanzas especulativas, la serie ofreció siete entrevistas y se amplió al comentario sobre el empeoramiento de la crisis del sistema financiero global y la subjetividad de la negación tan extendida en todos los niveles³⁹. El siguiente número de la revista, titulado *Recessional*, instaba a desarrollar un «marxismo rojo y verde como forma para salir de la crisis»⁴⁰.

El artículo de Kunkel sobre el pleno (es decir, *pleno*) empleo y los apasionados argumentos de Christopher Glazek a favor de la abolición del sistema carcelario estadounidense –incluso a costa de un aumento de la tasa de condenas a muerte– eran ejemplos del calculado imposibilismo de Greif⁴¹. A finales de 2011, cuando se publicó el ensayo de Glazek, esos vuelos de la imaginación política habían hallado un contexto activista y tangible en la campaña de Occupy Wall Street y en iniciativas similares

³⁸ Entrevistado por Sofia Groopman, «Keith Gessen and Diary of a Very Bad Year», *The Daily* (blog de *The Paris Review*), 3 de agosto de 2010.

³⁹ Keith Gessen, «Anonymous Hedge Fund Manager», publicado en tres entregas, que transcribían las tres reuniones mantenidas en los dos meses siguientes al verano de 2007: en *Correction*, *n+1*, núm. 7, otoño de 2008. En el número siguiente apareció la cuarta parte, con el título de «Conversations with HFM, December 2008-July 2009», *Recessional*, *n+1*, núm. 8, otoño de 2009. Las entrevistas se publicaron en forma de libro, con el título de *Diary of a Very Bad Year: Confessions of an Anonymous Hedge Fund Manager* (2010). Véanse también, en Internet, «Who Spent the Money», 21 de junio de 2010; y «HFM Redux», en dos partes, 15 y 16 de diciembre de 2010.

⁴⁰ *Recessional*, *n+1*, núm. 8, otoño de 2009; véanse en especial los editoriales «On Your Marx» y «Growth Outgrown».

⁴¹ Benjamin Kunkel, «Full Employment», *Bad Money*, *n+1*, núm. 9, primavera de 2010; Christopher Glazek, «Raise the Crime Rate», *Machine Politics*, *n+1*, núm. 13, invierno de 2012.

en todo Estados Unidos. La primera respuesta institucional de *n+1* fue el lanzamiento de *Occupy!*, una gaceta «tabloide irregular», financiada mediante micromecenazgo y con edición digital e impresa, de y para los militantes de Zuccotti Park y otras partes⁴². Los editores de la revista aportaron colaboraciones individuales a los debates, tanto en *n+1* digital como en la gaceta. «Letters of Resignation from the American Dream», de Roth, y «The Politics of the Poor», de Kunkel, en colaboración con Charles Petersen para *Occupy!*, fueron versiones iniciales de la declaración editorial que formó el núcleo de «A Left Populism», la principal reflexión de la revista sobre la experiencia Occupy⁴³.

Inserto entre dos relatos personales de categoría documental incierta, «A Left Populism» se centró en el celebrado lema de Occupy, *We are the 99 per cent*. Ahí, escribían los editores, radica un reto que no podía interpretarse sencillamente por analogía con los movimientos reformistas radicales de mediados y finales del siglo xx: era «nada menos que construir una [fuerza política] capaz de rescatar al país en nombre del pueblo por y para el cual está supuestamente gobernado», o «la *recreación activa* de la democracia estadounidense». Los «ocupantes» habían revelado los rasgos de una nueva mayoría social, insegura, subempleada o desempleada, sobradamente preparada, y «que se aferra precariamente a una idea de pertenencia a la clase media que cada vez parece más quimérica». Posiblemente el testimonio del autodeclarado 99 por 100 no fuese más que un reconocimiento de la derrota, de no haber sido porque sus declaraciones tenían valor performativo, «creando de hecho conciencia de clase para sí mismos y quienes los rodean». El estilo visual de esa conciencia fue captado por la imagen de las personas sin techo, «la vanguardia del Estados Unidos contemporáneo». Reconocer esto era plantear las difíciles cuestiones de la identificación social; porque era esto, no simpatía, lo que exigía el lema. La dificultad radicaba, para empezar, en la cultura y en la experiencia personales, pero había también una cuestión fundamental de política de campaña oculta en

⁴² «Read Our New Gazette», anuncio presentado en *n+1* digital, 21 de octubre de 2011, un mes después de la primera manifestación, que tuvo lugar el 17 de septiembre. Véase también Emily Witt, «*n+1* Raises Funds for Occupy Wall Street-Inspired Gazette», *The New York Observer*, 20 de octubre de 2011. En 2011 y 2012 se publicaron cuatro números más.

⁴³ Marco Roth, «Letters of Resignation from the American Dream», solo en digital, 24 de octubre de 2011; Benjamin Kunkel y Charles Petersen, «The Politics of the Poor», *Occupy!*, edición digital, 31 de octubre de 2011; The Editors, «A Left Populism», *n+1*, núm. 13, cit.

la aritmética reconfortantemente simple del lema. La idea de que era posible cobrar impuestos sobre la renta del 1 por 100 restante y conseguir un efecto igualitario era una falsa ilusión. Debería abrirse un frente fiscal mucho más amplio. Pero si, como se publicó en 2000, casi dos quintas partes de los estadounidenses se consideraban miembros reales o posibles del 1 por 100, ¿cuáles eran las oportunidades de establecer un programa redistributivo que atacase los ingresos netos de hasta un 20 por 100 de los contribuyentes? Al mismo tiempo, sin embargo, la apertura a la reforma política fundamental era mayor entonces que en cualquier otro momento de la historia reciente de Estados Unidos, y en esto la izquierda podría «empezar a pensar en volver a salir del monte». Había un nuevo populismo en perspectiva, una «reconstitución del “pueblo” estadounidense en fuerza progresista capaz de establecer una sociedad justa, sostenible y libre».

La palabra *sindicato* aparecía una sola vez en este editorial, y para ello en forma gramatical negativa: la nueva mayoría estaba, entre otros aspectos desmoralizadores, «no sindicalizada». Pero lo que los trabajadores organizados podrían haber aportado a la nueva política quedaba sin explorar. Los sindicatos estaban ya, de hecho, efectuando aportaciones fundamentales a las ocupaciones, como informaba Nikil Saval en un revelador artículo adjunto en la versión digital, pero en condiciones que él resumía con una dolorosa comparación: los ocupantes los observaban del mismo modo que al Partido Demócrata, «como una fuente de cuerpos y dinero, un mero servicio que tiende a ser agradecido y repudiado en el mismo aliento»⁴⁴. El valor histórico de la «solidaridad» había quedado reducido a una cuestión de aprobación discrecional. «Los ciudadanos pueden ensayar en sí mismos los fallos del sindicalismo tradicional, o pueden intentar cambiar la única forma de organización disponible que promete entregarles lo que quieren». Normalmente los movimientos toman su nombre de aquello de lo que están a favor o en contra, señalaba Saval, y

Al «Movimiento Occupy», que, cuando baja la guardia, admite que quiere igualdad, tal vez no le vendría tan mal someterse a un nombre que representa la lucha por esa igualdad en el pasado, y llamarse «movimiento obrero».

⁴⁴ Nikil Saval, solo en digital, «A Labor Movement», *n+1*, 17 de noviembre de 2011. Saval, Petersen y Glazek eran en ese momento editores adjuntos de la revista.

Después de OWS

Occupy marcó un punto máximo de participación política directa de *n+1*. Era, decían los editores,

la primera esperanza política seria –no menos seria por su fragilidad– que muchos de nosotros habíamos podido albergar acerca de nuestro país en nuestros pocos años o décadas de vida adulta⁴⁵.

Entonces, como en otros momentos de alta tensión, no estaba claro a quiénes abarcaba ese «nosotros». Lo que sí parecía claro era que la participación no carecía de complicaciones. La impaciencia de Saval con el ánimo antisindicalista acumulado que demostraban los ocupantes era evidente, y alcanzó alturas inolvidables en su evocación de los «*hackers* de empresas emergentes paseándose en monopatín entre las líneas de los piquetes» en San Francisco⁴⁶. (Una explicación de la resistencia al gobernador antisindicalista del estado de Wisconsin había aparecido en *n+1* a comienzos de ese año⁴⁷). En otro lugar, Kunkel cuestionó la afirmación hecha por Slavoj Žižek de que el principal enemigo de ows era el propio capitalismo, y expresó también preocupación ante la posibilidad de que normas anarquistas tradicionales de práctica prefigurativa no mediada pudieran «sofocar, en lugar de inspirar» el desarrollo de un adecuado programa de izquierdas⁴⁸. Las intuiciones de Zuccotti Park no lograron alcanzar la síntesis política que la visión de un «populismo de izquierda» capaz implicaba. El llamamiento –en expresión de los editores– a «ocupar el futuro» era apasionante, pero también confuso.

La huella de la crisis financiera fue más duradera y variada. La redacción del libro *Utopia or Bust*, de Kunkel, publicado en 2014 en asociación con la revista socialista militante *Jacobin*, se produjo tras la caída de Lehman Brothers –y en su mayor parte precedió a Occupy– y mostraba una preocupación más general por los patrones de la economía capitalista desde la década de 1970. En 2011 empezó a publicarse «Ciudad a ciudad», una serie diversa de reportajes, memorias y análisis de centros

⁴⁵ The Editors, «A Left Populism», *n+1*, núm. 13, cit.

⁴⁶ Nikil Saval, «A Labor Movement», cit.

⁴⁷ Eli S. Evans, «The Battle of Wisconsin», *Dual Power*, *n+1*, núm. 11, primavera de 2011.

⁴⁸ Benjamin Kunkel, *Utopia or Bust: A Guide to the Present Crisis*, Nueva York y Londres, 2014, pp. 133-134, 140. Kunkel defiende, no obstante, una estrategia que incluya la elaboración de alternativas institucionales concretas. Véase su aportación a The Editors, «Election Preview», solo en digital, 5 de noviembre de 2012.

de población más grandes o más pequeños de Estados Unidos, intentando captar las texturas de la vida cotidiana en los extremos expuestos de la crisis económica, en un complemento y un contraste necesarios a la perspectiva asumida desde los *hedge funds* de Manhattan o el Brooklyn bohemio⁴⁹. Por otro lado, los logros de las trabajadoras de WalMart en una prolongada acción de clase por la igualdad salarial suscitaron una reconsideración de la vieja noción de «clase sexual»⁵⁰. Saval profundizó en su interés por las relaciones laborales en el territorio propio de su revista, el sector editorial, organizando un simposio sobre «Labor and Letters», que incluía testimonios de trabajadores de *The New Yorker* y *Harper's*, pero también del mensual de izquierdas *Dissent*, y terminaba, adecuadamente, con un breve y sincero relato sobre las condiciones de trabajo en la propia *n+1*⁵¹. La política y la cultura de la raza han seguido siendo temas de la revista, en la actualidad en un número centrado en especial en la violencia policial contra los negros estadounidenses⁵².

En cuestiones literarias, seguía siendo palpable la sensación de que había un proyecto, o incluso un programa, que elucidar. Jonathan Franzen siguió siendo una referencia privilegiada para los editores, que dedicaron un simposio a *Freedom*, la novela publicada en 2010, en la que veían un triunfo del realismo de inmersión y un punto de referencia para la literatura futura⁵³. El editorial «Literatura mundial» concluyó una expedición amplia y bien documentada por la historia cultural y empírica que desciende desde la *Weltliteratur* de Goethe al Davos tardorushdiano de la literatura global, con un llamamiento a la renovación del «internacionalismo» literario, un compromiso con el «proyecto» y

⁴⁹ Y como los editores dejaron claro en una introducción elaboradamente literaria a la nueva sección, era también una intervención específicamente cultural contra el ruralismo histórico de la cultura estadounidense, dirigido a devolver a la ciudad su verdadera centralidad. La serie lleva en la actualidad unos veinte reportajes.

⁵⁰ Dayna Tortorici, «Sex Class Action», *n+1*, núm. 14, cit. Un año después, Tortorici participó de manera destacada en la organización de un homenaje tanto impreso como digital a Shulamith Firestone, una de las primeras feministas, que acababa de fallecer. Véase Ti-Grace *et al.*, «On Shulamith Firestone», *n+1*, núm. 15, cit.; Dayna Tortorici, «On Firestone», y Jennifer Baumgardner *et al.*, «On Firestone, Part 2», solo en edición digital, ambos del 26 de septiembre de 2012.

⁵¹ *Throwback*, *n+1*, núm. 21, invierno de 2015.

⁵² *Conviction*, *n+1*, núm. 22, primavera de 2015; y véase también Nikil Saval, solo en edición digital, «In Baltimore», 29 de abril de 2015.

⁵³ Keith Gessen, Mark Greif, Benjamin Kunkel y Marco Roth, «Four Responses to *Freedom*», *n+1*, núm. 10, cit.

no con el «producto», y con la «verdad» frente al canon predominante de «lo literario»⁵⁴.

En «Cultural Revolution», publicado hace dos años, *n+1* presentaba su estudio más sistemático sobre la situación y las perspectivas generales. Tampoco se trataba exactamente de un programa, aunque mostraba, no obstante, parte del necesario esquematismo aclarador del género, al revisar las opciones de las que disponían intelectuales de izquierda como los que se reunían en torno a la revista. Observando las décadas transcurridas desde el reflujó político de la izquierda, en la década de 1970, y después, hasta los momentos culminantes del marxismo occidental, los editores recordaban la ansiedad que acechaba a buena parte de la teoría y el análisis culturales. ¿Podía ser, como Marcuse había sugerido en la década de 1930, que la cultura fuese en gran medida afirmativa, con poco o ningún poder de negación restante? ¿Que, como habían pasado a sostener los bourdieusianos, en un periodo posterior,

Cada vez más, el propósito social y el contenido profundo de toda cultura [incluida la de la izquierda intelectual] ha parecido una sustancia idéntica: el contenido es el capital y su propósito es el de reproducir el capitalismo [?]⁵⁵.

¿Y no podría ser que el deterioro de las condiciones de trabajo intelectual, ya fuese en el campo académico (o no completamente dentro de él) o en un sector editorial comercial cada vez más comprimido, estén ahora abriendo nuevas posibilidades para los intelectuales de izquierda? No todas ellas son bien recibidas. Una, la peor de todas, es que habrá una rarefacción social de la cultura autónoma –y con ella, una pérdida de carga crítica– a medida que los talentos en ascenso decidan que los probables costes son demasiado elevados, las oportunidades de obtener una calidad de vida razonable, demasiado remotas. En el opuesto ideal, se sitúa la senda hacia la revolución cultural y la transformación humana anunciada por Trotski en las últimas páginas de *Literatura y revolución*⁵⁶. El desclasamiento de los intelectuales ahora en marcha podría agudizar el filo de una cultura crítica y potenciar la credibilidad social de aquellos que

⁵⁴The Editors, «World Lite», *The Evil Issue*, *n+1*, núm. 17, otoño de 2013. Disintiendo de este enfoque programático, asociado con Kunkel y su compañero editor Saval, Carla Blumenkrantz ha declarado su preferencia por una fórmula menos «orientada al proyecto» en la edición de narrativa, con un hincapié en la «exploración» y no en el «rigor». (Véase A. Krill, «Take a page from this: how one magazine reinvigorated American intellectual life», cit.)

⁵⁵The Editors, «Cultural Revolution», *Double Bind*, *n+1*, núm. 16, primavera de 2013.

⁵⁶Leon Trotski, *Literature and Revolution* [1924], Ann Arbor, 1960.

trabajan para producirla en condiciones visiblemente carentes de privilegios. En esto, y en la creación de instituciones de aprendizaje popular independientes y accesibles, radicaban las condiciones previas para la aparición de intelectuales verdaderamente orgánicos de la clase obrera y para «un reto de los bohemios proletarios» al fatalismo cultural del «consenso de los bohemios burgueses». La tercera posibilidad observaba el retorno de una vieja metáfora, ahora reescrita. Significaría «el confinamiento de variedades de cultura importantes [...] a archipiélagos demográficos en medio de mares crecientes de productos empresariales de masas». No habría expectativa de ganarse la vida con ocupaciones artísticas serias, que estarían financiadas mediante «empleos poco inspiradores y mal pagados». Esa «existencia cómodamente desilusionada, veteada de temor al desempleo», era ya conocida como la fórmula descivilizadora del presente.

Estas eran, en resumen, las opciones históricas, las apuestas irresueltas en la «situación intelectual» considerada en los términos más generales. Los editores concluían lo siguiente:

Estamos intentando averiguar qué hacer con una posición inestable en medio de instituciones que se desploman y de una crisis generalizada. Es posible, sin duda, ofrecer más que una variedad de respuestas valientes y honradas, necesariamente incompletas, al dilema, y todavía más diversas versiones de tonterías evasivas: un buen oído reconocerá la diferencia. No podemos prestarnos a elogiar el fracaso de instituciones que nos han sostenido; pero podemos al menos agradecer que las estructuras a punto de colapsar estén efectuando una especie de rescate estructural de la opción individual significativa, tanto en política como en cultura. ¿Bohemio burgués o bohemio proletario? ¿Mentalidad de asedio («¡Los escritores estamos juntos en esto!») o salidas más allá de los muros: «¡Estamos en esto con casi todos!»? ¿Reformar las instituciones existentes, o sustituirlas, o cultivar tu propio huerto, o retirarte a tu choza Unabomber? [...] Lo que cuenta es que la historia nos plantea una pregunta –sobre nuestro contenido o propósito en una sociedad de inseguridad acelerada, incluida la nuestra– que de una u otra forma necesitamos plantear de la manera más precisa posible, puesto que respondemos a ella con nuestras vidas⁵⁷.

¿Quién es *n+1*?

El giro existencial de las últimas líneas es característico, un término de juicio que en sí mismo recuerda el consejo de Schwarz, pero quizá

⁵⁷ The Editors, «Cultural Revolution», *n+1*, núm. 16, cit.

con una percepción más aguda de los significados asociados a la palabra. «¿Quién es *n+1*?» es una pregunta que debe plantearse acerca de una revista que, además de *tener* carácter, posiblemente *sea* un personaje. Que este personaje guarde un estrecho parecido con las personas que los editores fundadores son o eran y con todos o algunos de sus colaboradores no altera el hecho de que es una invención que ocupa un orden de realidad distinto del de los pasaportes y los permisos de conducir. Es una ficción, virtuosa, digámoslo desde el comienzo. El personaje es un escritor, por supuesto, pero un escritor que quiere «ser escritor», y la razón de por qué un logro evidente en sí mismo parece de este modo no cumplir nunca por completo la aspiración es que este escritor es joven e inseguro y, al ser una ficción, nunca puede envejecer ni asentarse. *Bildung* es la etiqueta común de narraciones con un protagonista de este tipo, y también el tropo maestro de *n+1*. Tres de los fundadores de la revista –Gessen, Harbach y Kunkel– han publicado primeras novelas inscritas en esta categoría, y el cuarto –Roth– ha escrito unas memorias de su familia⁵⁸. (Gessen ha escrito también un relato sobre la *Bildung* de Harbach como novelista)⁵⁹. El tropo reaparece en todo el archivo. Ensayos tan diferentes como el estudio de Lawrence Jackson sobre Baltimore y el análisis de Jedediah Purdy sobre el neoliberalismo entendido como discurso se estructuran en forma de relatos de aprendizaje⁶⁰. Los editores visitan la ocupación en el Lower Manhattan y a «los únicos que vemos», además de amigos, son jóvenes promesas, que trabajan como becarios en todo el sector editorial⁶¹. La precariedad –alquileres elevados, salarios bajos, autoexplotación y malas perspectivas– es una constante en los informes sobre el sector. En tiempos más recientes, el registro de personal de la revista menciona dos veces a algunos de sus creadores: una con respecto a su trabajo actual y la segunda, como un grupo fijo (invariable), los «editores fundadores». Es como si en una parte de su ser siempre vayan a ser ese grupo de amigos en la treintena, con la idea de crear una revista.

⁵⁸ Benjamin Kunkel, *Indecision*, 2005; Keith Gessen, *All the Sad Young Literary Men*, 2008; Chad Harbach, *The Art of Fielding*, 2011; Marco Roth, *The Scientists: A Family*, 2012.

⁵⁹ Keith Gessen, *How a book Is Born: The Making of The Art of Fielding*, versión ampliada de «The Book on Publishing», *Vanity Fair*, octubre de 2011.

⁶⁰ Lawrence Jackson, «Slickheads», *n+1*, núm. 15, cit.; «The Accidental Neoliberal», *n+1*, núm. 19, cit.

⁶¹ El tiempo verbal está alterado para respetar el contexto.

Llegar tarde

La retórica de la generación está tan marcada en *n+1* como lo está por lo común en el discurso público de Estados Unidos, y en este caso lo que predomina es un sentimiento de retraso. Es demasiado tarde para la teoría, demasiado tarde para el estilo posmoderno, demasiado tarde para las comodidades del esteticismo al modo de Eggers, y demasiado tarde con creces para hacerse ilusiones sobre el imperio estadounidense y la presunción adjunta a una educación superior. Ni siquiera crecer es lo que era en otro tiempo, porque las circunstancias vitales privilegiadas y peligrosas se combinan para prolongar la veintena más allá de los treinta. Pero, como escribió Gessen, «es hora de decir lo que uno piensa». O en la retrospectiva «desvergonzada» e ingeniosa de Roth, «si llego tarde a la fiesta, puedo montar una fiesta con los rezagados»⁶². El sentimiento de final no significaba una desconexión general, que habría sido paralizadora. Había precedentes acreditativos, tanto cercanos en el tiempo como antiguos, de escritura críticamente comprometida: en *The Baffler* y *Hermenaut*, por ejemplo, pero sobre todo en los inicios de *Partisan Review*, con su ejemplar combinación de política de izquierda independiente y simpatías culturales con el movimiento moderno, y una conducta metropolitana sin posición fija. «La más grande de las revistas» en su momento de plenitud, a juicio de Gessen, *Partisan Review* era una vívida imagen histórica, no una plantilla. *n+1* presenta un entrelazamiento de cultura y política más intrincado que el de *Partisan Review*, y su alcance es más amplio en lo que se refiere a medios y fronteras nacionales, aunque también más irregular en este último aspecto. El tiempo dirá si sus dotes para identificar el talento han sido comparables. El espíritu de *Partisan Review* y su medio quizá se perciba mejor en el tenor de los ensayos de *n+1*, incluido, de manera muy notable, el «Diario» editorial, que tiene un reconocible ancestro en las sucesivas formas de comentario de la revista más antigua⁶³. El tratamiento es serio, aunque sin cultivar la solemnidad. El estilo es profano, no académico, como en lo que antes se denominaba periodismo culto. Su registro es flexible hasta un grado que no podía haberse contemplado en la década de 1940,

⁶² Jesse Montgomery, «Young Critics: Marco Roth», *Full Stop*, 22 de junio de 2011. Véase también M. Roth, *The Scientists: A Family*, cit., p. 174.

⁶³ En diferentes momentos y en distintas formas en la primera década, «Rispostes», «The Quarter» y «Variety». Véase, a modo de ejemplo revelador, «Variety», 15 de junio de 1948, que consta de dos artículos, uno de Lionel Trilling, «The Repressive Impulse», y otro de Anatole Broyard, «A Portrait of the Hipster». Fue la más significativa de las diversas inspiraciones en el diseño editorial de *Partisan Review*.

cuando las propiedades de la dicción eran mucho más estrictas, y en eso la comparación debe ser limitada. Pero la suma de seriedad y soltura conversacional de *n+1*, con su amplia variación de sentimiento y su fácil acceso al lenguaje coloquial y universitario, recuerdan lo que John Hollander denominaba barroco neoyorquino⁶⁴.

Esto no debería confundirse con un ejemplo de la supuesta caída posmoderna de la alta cultura en cultura popular, a pesar de todo el parecido superficial que pueda haber, y aun cuando la atmósfera de ese periodo fuese una condición formativa de lo que ahora tomaba forma. Podríamos decir, por el contrario, que la lógica del retraso liberaba su potencial posibilitador, de modo que un grupo de jóvenes escritores, profundamente conocedores de las corrientes intelectuales y artísticas de la década de 1990, pero que las consideraban ya defectuosas como respuesta a las condiciones políticas y culturales del nuevo siglo, se vio abocado a buscar orientación en un tiempo más remoto, en las tradiciones de la de 1930.

Más allá de la Kulturkritik y los Estudios Culturales

Partisan Review fue el radiante icono de un pasado utilizable por esta partida de rezagados, pero el sentido de la iniciativa de *n+1* puede captarse en términos históricos y conceptuales más generales. Durante buena parte del siglo xx, en la zona metropolitana, el discurso elevado sobre la cultura estuvo dominado por un relato que enfrentaba los valores tradicionales, un compromiso minoritario, contra una civilización de masas moderna que amenazaba con extinguirlos. Esta *Kulturkritik*, como se denominó en su lugar de origen, Alemania, desarrolló una corriente marxista en la Teoría Crítica de Frankfurt. Después, hace unos sesenta años, emergieron nuevas percepciones y valoraciones de la cultura mayoritaria —«de masas» o «popular», dependiendo del caso y del énfasis del argumento—, que cuestionaban los análisis convencionales sobre el paisaje moderno del significado, de manera más influyente en la forma institucional de los Estudios Culturales. También esto se concebía como un discurso crítico, en buena medida por su posicionamiento inequívoco en la izquierda, aunque tendía en ocasiones a instalarse en una defensa igualitaria y refleja de la cultura mayoritaria frente a las elites de la *Kulturkritik* y su álgter ego, una «izquierda» remota e incomprensiva, y en algunas encarnaciones se hizo notorio por sus ansiosas transvaloraciones políticas de la experiencia cultural popular.

⁶⁴ Hollander hacía referencia al medio de «los intelectuales de Nueva York» en su totalidad, no solo a *Partisan Review*.

En la perspectiva de la *Kulturkritik*, esta era una realización necesaria: los Estudios Culturales como el colapso definitivo de los criterios de calidad heredados ante el avance del populismo de mercado. En la izquierda, las relaciones entre ambas ramas discursivas raramente han superado la actitud vigilante. Ambas están presentes en *n+1*, en las figuras icónicas de Adorno y Bourdieu, pero lo notable es que aquí, a pesar de todas las diferencias que finalmente debe haber entre ellas, cooperan en un ágil discurso crítico sobre cultura contemporánea en el que los conocidos binarios, aunque sin desaparecer por completo, han perdido su capacidad de inhibición intelectual. En el espacio así abierto, el juicio crítico puede ejercerse con libertad y erudición en cada registro de la cultura, en lenguajes evaluativos reconocibles, tanto viejos como nuevos, y en perspectivas definidas principalmente por las aspiraciones de los productores culturales directos y sus audiencias profanas. Los rastros del dinero, la propiedad inmobiliaria y el privilegio educativo –los componentes de sustitutos «sociológicos» en los que no hay verdadero «valor» que juzgar, como algunos dicen– son seguidos desde los cuartos de servicio en los que se atormentan los becarios de las editoriales con la esperanza de encontrar mejores cosas para alcanzar las alturas de la novela literaria y la sala de conciertos.

Si el haber llegado tarde era la principal condición de este progreso, otra, en contraste, era un accidente de sincronía. Los editores fundadores son exactamente contemporáneos de la remodelación digital de la cultura que definió la década de 1990 y la década del nuevo siglo: estudiantes universitarios en los primeros tiempos de Mosaic y Amazon, recién graduados cuando llegó Google, editores de una nueva revista en 2004, el año de Facebook⁶⁵. Suficientemente jóvenes como para tener fluencia de nativo en las nuevas tecnologías, pero suficientemente formados en una cultura predecesora como para poder evaluar sus emergentes síndromes conductuales desde una fría distancia, les fue donado todo un campo de oportunidad crítica en forma de «revolución» vacía que ellos fueron rápidos en detectar y satirizar, denominándola *webismo*⁶⁶. En total, el resultado ha sido una corriente continua de comentario sobre la cultura de hoy en día, que une modos evaluativos, interpretativos y explicativos, en distintos medios, instituciones, registros y formas, y que con el mismo aplomo evalúa la práctica empresarial y el *habitus* del individuo masa: una concentración de trabajo sin precedente ni igual en Estados Unidos o en cualquier otra parte.

⁶⁵ Kunkel, nacido en 1972; Roth, 1974; Gessen, Greif y Harbach, todos en 1975.

⁶⁶ The Editors, «Internet as a Social Movement», *n+1*, núm. 9, cit.

Las fortunas de la política

El momento definitorio de esta insólita confluencia discursiva es lo que podría denominarse la paradoja de Ortega presente en *n+1*: el movimiento en el cual una elite que se califica a sí misma de izquierdas se apropia de un llamamiento reaccionario y fatalista a prerrogativas heredadas, reinterpretándolo como una movilización de criterios culturales recuperables o descubribles, en nombre de una igualdad real todavía no ganada. En este punto, el comentario cultural adopta de manera inevitable un giro político. La limitación compartida de la *Kulturkritik* y los Estudios Culturales era su evacuación discursiva de la política en cuanto modo de autoridad social. Esta lógica estaba más plenamente trabajada en el caso de la *Kulturkritik* conservadora-liberal, en la que las posiciones y los intereses establecidos podían sublimarse con más facilidad como herencia y principios: el subterfugio que *n+1* no detectó, o malinterpretó de modo creativo. En la izquierda, los resultados han sido menos predecibles, y potencialmente más engañosos. En *n+1*, en conjunto, como antes en *Partisan Review*, este efecto de disolución culturalista no ha operado. La revista ha rechazado también el moralismo al que la *Kulturkritik* siempre ha tendido constitucionalmente:

Para poder reclamar los derechos humanos hay que devolverlos primero al ámbito de la política. No al ámbito de la moral, que es siempre una discusión del bien contra el mal, sino de la política⁶⁷.

Esto no quiere decir, sin embargo, que la articulación de la política en el discurso multivocal de la revista sea una cuestión sencilla. La política es una inflexión dominante en sus contenidos, pero parte del trabajo publicado bajo esa rúbrica formal parece tener poca conexión con la política en un sentido ordinario, inclusive allí donde la sustancia es un titular familiar en el discurso público; y el comentario político en general, en especial en el frente estadounidense, ha sido relativamente escaso. Obama pasó su primer mandato incólume en *n+1* y todavía obtuvo una mayoría de votos en el avance editorial cuando se presentó a la reelección, a pesar de que los entusiastas fuesen una minoría; la posición abstencionista fue señalada –críticamente–, pero no manifestada⁶⁸. *The New York Times* ha recibido más críticas por su

⁶⁷ Introducción a The Editors, «A Solution from Hell», *Conversion Experience*, *n+1*, núm. 12, otoño de 2011. Compárese, por ejemplo, el artículo de William Philips sobre *The Seed Beneath the Snow*, de Ignazio Silone: «The Spiritual Underground», *Partisan Review*, vol. 9, núm. 6, 1942.

⁶⁸ The Editors, «Election Preview», 5 de noviembre de 2012. El asesinato de Osama bin Laden suscitó otro ejercicio de política desplazada en forma de observación participante en las multitudes que lo celebraron en el Punto Cero. No se mencionó la política del

incoherente respuesta a la decadencia de su histórico modelo editorial que por sus orientaciones políticas⁶⁹. En dichos juicios influyen consideraciones estrictamente políticas, desde luego. Parece seguro añadir, sin embargo, para este caso en concreto, que el espíritu literario de la revista no siempre ha ayudado al desarrollo de su voz política. La advertencia poundiana de «hacerlo nuevo» parece idealmente adecuada para una visión de la transformación socialista. La valoración moderna de lo negativo implica una regla discursiva de no repetición, una práctica constante de la innovación y el alejamiento, algo que está en tensión con las condiciones del discurso político, en el que la repetición es un recurso fundamental y una necesidad.

«¿Qué podríamos decir que no estuviese ya dicho?», preguntaba retóricamente Roth al explicar la surrealista propuesta para Gaza y Cisjordania⁷⁰. ese no es el problema, y difícilmente podría haber escogido una ilustración menos favorable de su alegato. Ninguna posición política es peor por haber sido planteada más de una vez; lo que cuenta es que sea o no válida, de acuerdo con el cálculo de los derechos y los intereses en juego. Y en la medida en que una exigencia acuciante siga sin atender, hay que reiterarla.

Partisan Review aparece ahora bajo una luz contrastiva. En los años posteriores a su refundación, en 1937, la revista se centró intensamente, en el plano político, en las grandes cuestiones de la Revolución Rusa y sus repercusiones: el significado y la dirección del estalinismo, la lucha contra la contrarrevolución en Europa, el carácter clasista de la inminente guerra mundial. Los editores de *n+1*, como otros antes y después de ellos, han hecho comparaciones con la Revolución al analizar las transformaciones de Internet acaecidas en su propia época, pero con un aire de convicción fluctuante que debería quizá interpretarse como un sustituto del debido escepticismo. Las comparaciones más estrictas son las efectuadas con las tecnologías de comunicaciones más antiguas, como el ferrocarril y la televisión, que produjeron múltiples efectos sociales al tiempo que se mantuvieron, como los folletos políticos en la parábola de la agitación callejera webista de los editores, vacíos. No fueron, en el sentido pertinente, revoluciones en absoluto. Desde el punto de vista

suceso, ni el nacionalismo reaccionario e impregnado de deporte de los jueguistas, ni el pequeño tema del asesinato ejecutivo premeditado en una jurisdicción extranjera aliada (Richard Beck, «Ground Zero», 1 de mayo de 2011, 2 de mayo de 2011).

⁶⁹ The Editors, «Addled», *n+1*, núm. 9, cit.

⁷⁰ Roth, citado en A. Krill, «Take a page from this: how one magazine reinvented American intellectual life», *Haaretz*, cit.

político, donde más hincapié debe hacerse es en los contrastes, que en la actualidad marcan una diferencia de época.

Partisan Review convirtió la Revolución Rusa en parte integrante de su proyecto... Sin duda, aunque hay otra forma de contemplar esta conexión, por usar una palabra deficiente para este fin. *PR* pertenece orgánicamente a la historia de la Revolución, en el sentido de que fue una de las muchas expresiones del aumento de la esperanza y de la energía liberadas por los acontecimientos de octubre, al principio y principalmente en el movimiento obrero internacional y en los partidos de la nueva Internacional Comunista. Las líneas de transmisión eran organizativas y biográficas. La revista fue creada como órgano de los Clubes Comunistas John Reed, editada por dos miembros del partido, judíos ucranianos de nacimiento y educación (Philip Rahv) u origen (William Phillips). En la *Partisan Review* refundada las continuidades políticas con Octubre eran directas, en las personas de Trotski, que colaboró en los primeros números, y Victor Serge, que aportó tanto relatos de ficción como escritos sobre teoría política, debatiendo con los editores y miembros de su círculo de Nueva York acerca del carácter clasista de la Unión Soviética. Ese compromiso político, al igual que la modernidad programática y el filoeuropeísmo de su orientación cultural, es lo que dio fuerza a *Partisan Review* en sus grandes años, los primeros. La revista mantuvo esa línea algunos años más, pero los cambios editoriales (acerca de la política bélica) y las incipientes presiones de la Guerra Fría la debilitaron. Un comunismo antiestalinista de principio se transformaba pronto en puro anticomunismo. La retrospectiva de diez años publicada en 1946 dejaba pocas trazas de las argumentaciones revolucionarias de los primeros años, y le fue dado al crítico literario Lionel Trilling, y no a cualquiera de los miembros más importantes de *Partisan Review* en la década de 1930, presidir el volumen con una invocación apaciguadora, o profiláctica, de la política «unida a la imaginación y sometida a la crítica de la mente»⁷¹, una dulce frase arnoldiana, de abstracción intachable, con un difícil futuro por delante, en las décadas de la Guerra Fría⁷².

Cuarenta años después, ese conflicto había concluido en los intereses del capital. Los regímenes comunistas habían caído o se habían remodelado, y el movimiento histórico del que habían emergido no los

⁷¹ Lionel Trilling, «Introduction», Williams Philips y Philip Rahv (eds.), *The Partisan Reader: Ten Years of Partisan Review 1934-1944: An Anthology*, Nueva York, 1946, p. xvi.

⁷² *Partisan Review* recibió financiación encubierta de la CIA en diversos momentos durante las décadas de 1950 y 1960, por ser un significativo espacio de actividad de la «izquierda no comunista» que la Agencia pretendía cultivar en todo el mundo capitalista, un hecho reconocido de manera excesivamente críptica por Mark Greif en su reciente homenaje a la revista, «What's Wrong with Public Intellectuals», *The Chronicle of Higher Education*, 13 de febrero de 2015.

sobrevivió mucho tiempo. Las grandes formaciones de izquierda, tanto comunistas como socialdemócratas, se rindieron a la atracción gravitacional del nuevo dominante estratégico del neoliberalismo, dejando el trabajo fundamental de oposición a una gama de instancias políticas cada vez más diversas. No cabía duda de las energías militantes que dichas instancias podían reunir, como atestiguan los múltiples movimientos de la década de 1990 y posteriores, pero igualmente era innegable que el mundo imaginativo de *Partisan Review* había terminado. Este cierre histórico definió el horizonte político en el que tomó forma *n+1*, atrincherando una nueva causa y condición de rezagados en el grupo fundador, un desvanecimiento de la comunicación con la alta tradición del pensamiento revolucionario. El giro a la crítica de la economía política –Marx y sus herederos de nuestro propio tiempo– es admirable, pero ha habido menos señales de interés centradas en el canon de la teoría política socialista. En una cultura de izquierdas en la que el lema de oposición más destacado en tiempos recientes –«¡Somos el 99 por 100!»– es una demagógica evasión de la realidad social, las consideraciones críticas de la política marxista clásica pueden considerarse apenas demandadas. Sin embargo, Lenin aparece, cuando lo hace, como una figura a medias vista en la distancia, un recordatorio típico de lo que no debe hacerse⁷³, y las conclusiones visionarias que Trotski presenta en *Literatura y revolución* no sustituyen a su elaboración de los frentes unidos o su crítica a la burocracia.

Después de todo, sin embargo, el homenaje a Trotski se produce en un texto dedicado al tema de la revolución cultural, recordándonos cuál ha sido el trabajo esencial y justificador de *n+1*, en su primera década. No fue la política, con todas las salvedades hechas de un modo u otro, aunque su atmósfera haya sido todo el tiempo política; y tampoco la literatura, extrañamente, excepto en el viejo significado de la palabra que abarca mucho más que las artes de la ficción literaria; sino la crítica, el comentario crítico formalmente dotado de recursos, sostenido y radical sobre la cultura elevada y la cultura popular de la época, amplio en simpatía pero de juicio rápido, que se mueve en un claro situado más allá de la *Kulturkritik* y los Estudios Culturales. La revista ha sido ejemplar en esto, demostrando que es correcta la vieja idea que busca entre los rezagados la novedad inesperada.

⁷³ Aunque véanse también los comentarios de Kunkel sobre la «dictadura democrática» y la invocación de la «hegemonía» gramsciana en su aportación al «Electoral Preview» de 2012.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



FORMA VALOR Y FORMA COMUNIDAD

Álvaro García Linera

El núcleo de este libro es una reexión desde la teoría marxista sobre las formas de constitución social, que insertas en el modo capitalista de producción, expresan formas múltiples de organización no capitalista, si bien profundamente integradas en la producción social de valor. La línea teórica del mismo se inspira en una sólida tradición del marxismo heterodoxo latinoamericano, que ha analizado la tensión históricamente existente entre (1) la persistencia de formas comunitarias de producción, pero también de resistencia a la penetración del capitalismo y a la dominación colonial que trajo aparejada; y (2) la fortísima penetración del capitalismo en el continente latinoamericano y su capacidad correlativa de producción de nuevas clases sociales, de nuevos grupos y elites políticas y económicas y de nuevas dinámicas estructurales de reproducción social en general.

Colección: Prácticas constituyentes 8

PVP: 18 €



FORTUNAS DEL FEMINISMO

Nancy Fraser

Este nuevo libro de Nancy Fraser traza la evolución del movimiento feminista desde la década de 1970 hasta la actualidad y anticipa una fase nueva, radical e igualitaria, del pensamiento y la acción feministas, que se insertará con fuerza en el actual ciclo de luchas contra las políticas y las prácticas neoliberales.

Colección: Prácticas constituyentes 9

PVP: 20 €